

EL CANTO DE ENTRADA (INTROITO)

Por Wilson Cobaleda Cárdenas, Pbro.

1. EL CANTO DE ENTRADA:
 - 1.1 Ubicación
 - 1.2 A lo largo de la historia
 - 1.3 El Canto de Entrada según la IGMR
 - 1.4 Actores del Canto de Entrada
 - 1.5 El Canto de Entrada hoy
 - 1.6 Aspectos para tener en cuenta a la hora de elegir este canto
2. CONCLUSIONES
3. BIBLIOGRAFIA

1. EL CANTO DE ENTRADA

1.1 Ubicación

*La eucaristía es por excelencia el centro y culmen de la vida cristiana. Por medio de ella Dios santifica a los hombres y los hombres a su vez glorifican a Dios.*¹ Por esta razón los creyentes nos reunimos para celebrar en una misma fe a Dios en medio de la asamblea; nos nutrimos de la palabra proclamada y nos saciamos del Cuerpo y de la Sangre del Señor para ejercer por el bautismo nuestra condición de hijos de Dios y de hermanos en el mundo. Es la fiesta en la que la Iglesia actualiza el misterio de la redención y reconoce a Cristo vivo y glorioso en medio de la comunidad.

La eucaristía tiene a su vez un orden celebrativo que nos involucra en el misterio antes dicho. El primer momento es el de los *ritos iniciales* que comprende el **canto de entrada**, el saludo inicial, el acto penitencial, el *Señor, ten piedad*, el Gloria y la Oración Colecta. En este escrito nos detendremos solamente en el canto de entrada.

Los ritos iniciales de la misa tienen el carácter de exordio, introducción y preparación. Su finalidad es que la asamblea tome conciencia de ser comunidad y se disponga a escuchar la Palabra y a celebrar la Eucaristía.² El canto de entrada hace parte de estos ritos: se realiza mientras el sacerdote y los ministros se dirigen hacia el altar (procesión de entrada) estando la comunidad ya reunida. Para comprender su sentido es necesario conocer el origen y evolución del *Introito* dentro de la liturgia cristiana hasta nuestros días.

¹ Cf. Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia, n.10.

² Cf. Instrucción General del Misal Romano (IGMR) 46.

1.2 A lo largo de la historia

En los primeros siglos del cristianismo dentro del rito de la misa no había rito de entrada; simplemente iniciaba con la preparación de las ofrendas y la oración de acción de gracias. Cada domingo los creyentes se reunían para celebrar en torno a la mesa como lo había mandado el Señor. Sus casas se convirtieron en el lugar donde se celebraba la fracción del pan. Junto a esta celebración, la predicación de los apóstoles fue fundamental para la comunidad naciente. En Hch. 2, 42 se lee: «*los que habían sido bautizados se dedicaban con perseverancia a escuchar la enseñanza de los apóstoles, vivían unidos y participaban en la fracción del pan y en las oraciones*». Ambas realidades, de la fracción del pan y de la palabra, eran la fuente de la cual la Iglesia naciente bebía y se alimentaba.

El ejercicio del culto cristiano fue mostrando poco a poco la necesidad de prepararse para la celebración eucarística propiamente dicha, por lo que se pensó en una “ante-celebración”, que creara un ambiente y disposición adecuados para acercarse a la mesa. Esto dio origen a la “ante-misa”, que en la Edad Media se llamó “misa de los catecúmenos”, para aquellos que aún no habían sido bautizados; se diferenciaba de la “misa-sacrificio”, en la cual los bautizados comían el pan consagrado. Hacia el año 300 era costumbre leer antes del sacrificio de la misa un conjunto de lecturas de la Sagrada Escritura, conocido como *lecciones*. En Jerusalén y en el norte de África, la antimisa se realizaba en un lugar distinto a donde se celebraba la eucaristía.³ En ese siglo la antimisa y el sacrificio de la misa vienen a ser parte de un mismo culto.⁴ Estando ya convocada la comunidad, el sacerdote se acercaba al altar, saludaba a los presentes y se sentaba para que se proclamaran las lecturas. Todo ello, sin ningún tipo de rito de entrada especial y menos de canto introductorio. Además, las sencillas construcciones donde se celebraba la misa tenían dimensiones modestas, por lo que la sacristía quedaba cerca al altar, lo que no dejaba espacio para una procesión solemne.

En el año 380 el emperador Teodosio pronunció el edicto de Tesalónica con el cual se reconocía al cristianismo como religión oficial del Imperio. Esto permitió mucho más la expansión de la Iglesia, y surgió la necesidad de contar con centros de culto donde se pudiera acoger a los nuevos cristianos. Se fueron levantando entonces construcciones de templos verdaderamente colosales, lo que hizo que la procesión de entrada tomara más tiempo, desde el *secretarium* (ubicado a la entrada de la Basílica donde se revestían los clérigos) hasta el altar. Esta duración, el hecho que los reunía, y las personas de los ministros, iban mostrando cómo el rito inicial tomaba un carácter especial. Era obvio que tales procesiones no se hicieran en silencio, pues habrían hecho “pesado” y falto de solemnidad ese momento, sobre todo cuando el Papa iba a presidir la celebración. Es aquí

³ Cf. J. JUNGMANN, *El Sacrificio de la Misa*, BAC, Madrid 1951, 344.

⁴ Resulta interesante ver cómo el inicio de la celebración del viernes santo es ejemplo de antimisa, ya que ésta comienza en silencio y luego se proclaman las lecturas.

donde el canto de acompañamiento comienza a ser parte de la misa. «*La plegaria empieza. No hay introito. Únicamente en el siglo IV, después de la paz de la Iglesia, cuando el culto hubo tomado un mayor vuelo y el cortejo del obispo vino solemnemente de la sacristía al altar, inicióse la idea de cantar entretanto un salmo*».⁵

El *Introito* propiamente dicho surgió hacia el año 425 en Roma, representado en un salmo (o grupo de salmos) y una antífona. Esta última podía ser parte del mismo salmo, o de la epístola del día, o inspirada en una cita evangélica, o incluso no bíblica, buscando que el canto centrara a la asamblea en aquello que se iba a celebrar, y creando un clima de oración pública. Por ese tiempo (año 426), en Hipona, san Agustín describe el inicio de la misa de Pascua: «*Nos dirigimos al pueblo: Estaba la iglesia de bote en bote. Resonaban las voces de júbilo y solamente se oían de aquí y de allá estas palabras: “¡Gracias a Dios! ¡Bendito sea Dios!” Saludé al pueblo y se oyó un nuevo clamor aún más ferviente. Por fin, ya en silencio, se leyeron las lecciones de la divina Escritura.*».⁶

Este canto acompañó también el rito en torno a aquél que presidiría la celebración, mientras era revestido. En efecto, el *Introito* fue identificándose como el canto que acompañaba la entrada solemne del Papa a una de las grandes Basílicas de Roma y junto a un buen número de clérigos, mientras la *schola* entonaba un salmo.⁷ Se buscaba además que la gente viera al Papa y a sus concelebrantes, por lo que se extendía la procesión dentro del templo. El canto solemnizaba la procesión inicial y ésta a su vez introducía la oración, donde la comunidad reunida se ponía delante del Señor y dirigía su súplica bajo el pastoreo del Papa. El *Introito* es propiamente fruto de la necesidad pastoral⁸.

El *Introito* entonces, surgió a raíz de la necesidad de acompañar la procesión del clero, al tiempo que involucró a toda la asamblea en un espacio y ambiente nuevos, sagrados, donde Dios se hacía presente. Sin embargo, es difícil saber con certeza si los primeros cantos que se entonaron como *Introito* eran explícitamente salmos: «*Se ha discutido sobre si este canto era sálmico desde los orígenes, pero lo cierto es que los primeros antifonarios, en la época carolingia, dan siempre, con la antífona que nos ha quedado, el salmo a que se refiere, y no solo un versículo*».⁹ Así mismo, para este tiempo en Roma se usaban solo cantos de inspiración bíblica, es decir, los contenidos en la Sagrada Escritura (los salmos, himnos...).

⁵ F. CABROL, O.S.B., *La Antigua oración de la Iglesia*, Excelsa, Argentina 1947, 109.

⁶ OBRAS DE S. AGUSTIN, *La Ciudad de Dios*, XVII. 22, 8, 22, Edic. de José Morán, B.A.C., Madrid 1965, 720.

⁷ BAUMANN afirma que el *Introito* surgió en Roma hacia el año 425, poniendo a San León Papa como su autor, inspirado en los cantos que cantarían en la procesión de entrada, una vez se dio libertad religiosa al cristianismo. Cf. T. BAUMANN, S.J., *La Misa Romana*, Bilbao 1954, 21.

⁸ Cf. *La liturgia, eucaristia: teología e storia della celebrazione*, ed. S.Marsili et alii (Anámnesis 3/2), Marietti, Casale Monferrato 1983, 200.

⁹ A.G. MARTIMORT, *La Iglesia en oración*, HERDER, Barcelona 1964, 367.

El Papa Celestino I (422-432) introdujo en Roma para el canto del *Introito* el canto antifonado, modo de cantar el salmo a dos coros, donde al salmo le precedía un verso que anunciaba su melodía, pues era costumbre en la música antigua anunciar la melodía por medio de un instrumento. Aunque en ese momento los instrumentos musicales no eran aceptados dentro de la misa, un pequeño grupo de cantores o un solista cantaba la antifona dando el tono de la melodía, para que luego el coro cantara el salmo. La antifona era la parte más importante del *Introito*, la que expresaba el ambiente de la fiesta. El uso de estrofa-antifona estaba dado para sostener el canto. Antioquía fue la cuna del canto antifonal gracias a Flaviano y Diodoro hacia el 350, quienes animaron su propagación. El *Introito* además de usar el modo antifonal, utilizó también la forma responsorial, donde intervenía el pueblo repitiendo la antifona o estribillo, después que el coro había cantado cada estrofa. Cabrol afirma: «los cantores entonaban los versículos, el pueblo repetía uno de ellos como estribillo, o bien a dos coros ejecutaban sucesivamente un versículo del salmo. Este fue el *Introito*, salmo de introducción que se ha conservado, abreviándolo».¹⁰

El Papa Celestino I introdujo el *Introito* en el *Liber pontificalis*.¹¹ En él dice que el *Introito* era considerado una institución antigua en la Iglesia, y que estaba compuesto de versículos de salmos cantados por la *schola*. Además atestigua cómo para la Misa de Gallo, y solo en ella, luego del *Introito* se hacía la oración colecta y el canto de Gloria. Si bien esta fuente menciona el uso del *Introito*, no incluye el texto escrito de aquello que se cantaba, aunque afirme que fuera de los salmos. Aquí se plantea la pregunta sobre la existencia de algún texto (¿antifonario?) que lo conservara. Al respecto, Baumann dice: «Coincidiendo con que en los tiempos de San Agustín aparecen los primeros textos litúrgicos fijos, se puede dar por seguro este nuevo dato histórico: que la historia del *introito* empieza con la de los textos litúrgicos en general».¹²

Los autores citados hasta ahora han coincidido en fechas y argumentos en torno al *Introito*. Sin embargo, Dionisio Borobio afirma que no se sabe con exactitud cuándo se introdujo este canto que acompañaba la entrada del presidente, aunque haya mención de él en el *Liber pontificalis*. Además, dice que entre los siglos VI-VII (¿no antes?) ya se cantaba.¹³ Considero que la opinión de los primeros autores mencionados –antes de Borobio– en torno al tiempo en que apareció el *Introito*, es más acorde con lo que pudo haber sido por lo siguiente: a partir del siglo IV cuando el cristianismo tiene vía libre en el imperio romano, la comunidad que se reúne para celebrar lógicamente crece; por eso el surgimiento de grandes construcciones para el culto. Y celebrar la misa con la novedad de una procesión de entrada, que pasaba por en medio de la asamblea y podía demorar, suponía ahí mismo, y en lo que a nuestro tema respecta, un canto que acompañara ese

¹⁰ CABROL, *La Antigua oración de la Iglesia*, 109.

¹¹ Era el libro que contenía de modo breve la vida y obra de los Papas. Data del año 530.

¹² BAUMANN, *La Misa Romana*, 55-56.

¹³ Cf. D. BOROBIO, *La celebración de la Iglesia, II Sacramentos*, Sígueme, Salamanca ³1994, 386-388.

momento. Sin embargo, se entiende que la expansión del cristianismo y el aumento del número de creyentes fue algo que se fue desarrollando poco a poco.

En el siglo VII surge el primer *Ordo Romanus* (n.44-49) donde se describe cómo era la procesión de entrada, cuando el Papa atraía todas las miradas: revestido el Papa, indicaba al director de la *schola* para que iniciara el canto. La *schola* estaba ubicada delante de las gradas del presbiterio y formada en dos coros. Entonces iniciaba la procesión del Papa con sus ministros hacia el altar. Ya en el presbiterio, el Papa saludaba al clero y daba una segunda señal a la *schola* para que cantara el *Gloria Patri*, mientras que él se postraba delante del altar. Acabada la antífona se levantaba el Papa, besaba el altar y el evangelario.

Aunque el *Introito* era un elemento propio de la misa solemne, luego se extendió incluso a la misa privada. De ello nos habla el *Capitulare ecclesiastici ordinis* documento del siglo VII-VIII, donde se lee que cada sacerdote tiene la obligación de decir en todas las misas el *Introito* con salmo (verso del salmo) y *Gloria Patri*, según la ordenación de la *sedes sancti Petri*. La duración del *Introito* en las misas no solemnes, celebradas en pequeñas capillas, con procesiones de entrada cortas, y con pocos ministros y comunidad suponía menos tiempo. Al respecto Righetti dice: «Se comprende que fuera de Roma, en las modestas iglesias episcopales, así como en los oratorios de los monasterios, en las parroquias y, en una palabra, allí donde la acción sagrada no se iniciaba normalmente con la pompa del cortejo papal de los siglos VII-VIII, bastaban uno o dos versículos de salmo para ocupar todo el tiempo que empleaba el celebrante en llegar al altar. De ahí por qué ya, en los manuscritos antiguos de los cantos de la misa, el salmo del *introito* está reducido a un solo versículo¹⁴».

A partir del siglo VII se redujo el número de estrofas del salmo inicial, incluso a una sola. Las causas pudieron ser las procesiones de entrada más cortas en algunas iglesias de Roma y las melodías más elaboradas que alargaban las frases. Este suceso llevó a la desaparición de la procesión de entrada, al punto que el Papa se revestía junto al altar. Sin embargo, nunca se suprimió el *Introito*, sino que ocupó un lugar distinto dentro del rito inicial: se cantaba mientras el clero rezaba ante las gradas del altar el salmo 42 y el *Confiteor*, estilo de confesión hecha a los presentes, quienes oraban a Dios por el celebrante y por ellos mismos.

Durante el siglo IX en Occidente, el ministro realizaba una serie de oraciones preparatorias para acercarse al altar. Esta preparación se convirtió luego en tres salmos: el 83, que introduce en el templo al peregrino que llega, el 84 que agradece a Dios su bondad y le suplica su favor, y el 85 que invoca de modo general la ayuda de Dios. Sin embargo, no hubo un conjunto de salmos fijos para el *Introito*. En el siglo X por ejemplo se determinó, y así durante la Edad Media, que el salmo 42 con su antífona *Introibo* se rezara camino al altar. El *Ordo de san Amand* (siglo IX) de rito romano, describe una procesión fuera del templo: cuando el Papa llegaba, la *schola* cantaba la antífona *ad introitum*, mientras éste

¹⁴ M.RIGHETTI, *Historia de la Liturgia II*, BAC, Madrid 1956, 181.

con los diáconos se trasladaba hasta el altar. Al pasar frente a la *schola* hacía una señal para que ella terminara el salmo con el *Gloria Patri*.¹⁵ Esto se conservó hasta el año 1000; luego decayó. El pontifical de *Guillermo Durando* dice que el obispo algunas veces se ponía los ornamentos en el altar, igual los demás presbíteros, lo que hacía innecesario el canto.¹⁶ No obstante, esto no era algo común en todos los templos y celebraciones.

A finales del siglo XI el *Introito* perdió su sentido tradicional. ¿Cuáles pudieron haber sido las causas? Para este tiempo el clero se convocaba en la catedral para cantar la Tercia, lo que lo presentaba como ya dispuesto para la misa. Por otra parte, la arquitectura románica de la época había trasladado la sacristía cerca al altar, lo que eliminaba una procesión extensa. Sin embargo, el *Introito* se conservó para las celebraciones solemnes. Terminando el siglo XIII, en el *Ordo Missae* de la capilla papal y luego en el misal romano, aparecen el trío de salmos usados en los siglos IX-X, es decir los salmos 83, 84 y 85 respectivamente, más el salmo 42, entre otros. En cuanto al salmo 42, Jungmann afirma: «No cabe duda de que, de recitar alguna oración camino del altar, el salmo *Iudica* era el más indicado para este fin. El versículo 4 representaba la expresión adecuada de lo que se estaba haciendo en aquel momento: *Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat iuventutem meam* [Me acercaré al altar de Dios, del Dios que alegra mi juventud]. Este mismo salmo debió emplearse ya en la liturgia milanesa en tiempos de San Ambrosio, cuando entraban en la iglesia los neófitos».¹⁷ En el rito de entrada, mientras se incensaba el altar, la *schola* cantaba el salmo 140.

Respecto del siglo XI dijimos que el Papa e incluso los sacerdotes se revestían en el altar, cosa que no era del todo común y habitual. Posteriormente, en el siglo XVI se le concedió solo al obispo revestirse en el altar. A finales de este siglo se entonaba el *Introito* cuando el obispo se estaba revistiendo en el altar y no en el recorrido entre la sacristía y el altar, por la cercanía entre ambos lugares en muchos de los templos. Sin embargo, las abreviaciones del *Introito* al desaparecer la procesión de entrada, lo fueron convirtiendo en el canto de inicio de la celebración. A comienzos del siglo XX en tiempos de Pío X, regularmente el *Introito* estaba compuesto por la antifona con un versículo, revelando un inicio no procesional o por lo menos breve. Pero podía presentarse el uso de varios versículos del salmo en alguna ocasión solemne o motivado por el estilo del templo o por un recorrido procesional largo.

¹⁵ Hemos mencionado repetidas veces cómo el *Introito* terminaba con el *Gloria Patri*. La razón es la siguiente: los arrianos al referirse a una antigua fórmula trinitaria que rezaba *Gloria Patri per Filium in Spiritu Sancto*, la interpretaban como subordinación del Hijo al Padre. Los católicos salieron al paso de esta errada interpretación, sustituyéndola por *Gloria Patri et Filio et Spiritu Sancto*, por lo que la recitaban al final de cada salmo, evangelizando al mismo tiempo a los creyentes. Esta manera de terminar el salmo, seguramente inspiró el modo de orarlos en la Liturgia de las Horas.

¹⁶ Esta norma (para el sacerdote y los ministros) se encuentra en el ordinario de los dominicos que data del año 1256, y en el misal franciscano del siglo XIII.

¹⁷ JUNGSMANN, *El Sacrificio de la Misa*, 381.

La edición típica del Misal Romano promulgado por el Papa Juan XXIII en 1962, resulta ser una revisión del Misal de san Pío V (1570) que prácticamente estuvo en vigor hasta la aparición del Misal Romano de Pablo VI. De esa edición presentamos lo referente al inicio de la misa conforme se lee en el Ordo Missae, haciendo un breve comentario a la derecha:

Dice:	Comentario:
<p>Sacerdos paratus cum ingreditur ad altare, facta illi debita reverentia, signat se signo crucis a fronte ad pectus, et, nisi peculiari rubrica aliter statuatur, clara voce dicit:</p> <p>In nómine Patris, et Filii, et Spíritus Sancti. Amen.</p> <p>Deinde, iunctis manibus ante pectus, incipit antiphonam.</p> <p>Introíbo ad altáre Dei.</p> <p>Ministri respondent:</p> <p>Ad Deum qui laetificat iuventútem meam.</p> <p>Postea alternatim cum ministries dicit sequentem Ps 42,1-5</p>	<p>En esta rúbrica vemos primero, la ausencia de la procesión de entrada; segundo, sin referencia a la asamblea que se reúne; tercero, la misa inicia con la veneración, la signación y el saludo.</p> <p>El mismo presidente decía “Amén”.</p> <p>La antífona del Introito era recitada por el presidente y respondida por los ministros (si había); de lo contrario, el mismo sacerdote lo hacía.</p> <p>Se mantenía el salmo 42, pero solo para ser recitado por el presidente y los ministros. Sigue la ausencia de participación de la asamblea. Este salmo terminaba con el <i>Gloria Patri</i> y la repetición del <i>Introíbo</i>.</p>

Veamos ahora el *Ordo Missae* del *Missale Romanum* de Pablo VI, a partir del cual se da una verdadera renovación e identidad al rito inicial de la misa. Tomamos la parte que nos interesa solamente y que rige hoy la liturgia cristiana católica, con el comentario respectivo:

Dice:	Comentario:
<p>Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada.</p> <p>Cuando llega al altar, el sacerdote con los ministros hace la debida reverencia [...] Después se dirige con los ministros a la sede.</p> <p>Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:</p> <p>En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.</p> <p>El pueblo responde: Amén.</p>	<p>Toma valor fundamental la asamblea reunida, y en medio de ella quien preside y los demás ministros. El “ir al altar” supone una procesión de entrada, y en ella el canto que acompaña y dispone.</p> <p>El canto de entrada acompaña el recorrido del sacerdote no solo hacia el altar sino también hasta la sede.</p> <p>Esta afirmación da espacio para pensar que el Introito no debe “cortarse” inmediatamente llegado el sacerdote a la sede, terminando abruptamente el canto. De esto hablaremos más adelante.</p> <p>Ahora el pueblo participa en esta fórmula trinitaria, con el “Amén”, distinto a Trento.</p>

El *Graduale Romanum* ofrece varias alternativas para cantar la antifona del *Introito*, lo mismo que el *Graduale Simplex*.

1.3 El Canto de Entrada según la IGMR

Nos basamos aquí en la INSTRUCCIÓN (ORDENACION) GENERAL DEL MISAL ROMANO¹⁸ (IGMR) inspirado en la renovación litúrgica del Concilio Vaticano II. La tercera parte del Capítulo 2 de esta Ordenación se titula “LAS DIVERSAS PARTES DE LA MISA” y en ella nos ubica el canto de entrada de la misa como parte de los “Ritos Iniciales”. Los números 46 al 48 narran el sentido de este rito y del canto en mención:

46. Los ritos que preceden a la liturgia de la palabra, es decir, el **canto de entrada**, el saludo, el acto penitencial, el *Señor, ten piedad*, el *Gloria* y la oración colecta, tienen el carácter de exordio, introducción y preparación. Su finalidad es hacer que los fieles reunidos constituyan una comunión y se dispongan a oír como conviene la palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía.

En algunas celebraciones que, según las normas de los libros litúrgicos, se unen con la Misa, han de omitirse los ritos iniciales o se realizan de un modo peculiar.

En este número vemos cómo el canto de entrada ocupa un lugar especial dentro de los ritos iniciales. Este canto entonces, contribuye a la finalidad del rito: involucrar a la asamblea en una misma intención y disposición para celebrar la palabra y la eucaristía. Además, este párrafo advierte que en ciertas ocasiones los ritos iniciales se omiten o varían, como por ejemplo, en las celebraciones de exequias y matrimonio. Los siguientes números llevan por título “Canto de entrada”. Se lee:

47. Reunido el pueblo, mientras entra el sacerdote con el diácono y los ministros, se comienza el **canto de entrada**. El fin de este canto es abrir la celebración, fomentar la unión de quienes se han reunido, e introducirles en el misterio del tiempo litúrgico o de la fiesta y acompañar la procesión del sacerdote y los ministros.

48. El **canto de entrada** lo entona la *schola* y el pueblo, o un cantor y el pueblo, o todo el pueblo, o solamente la *schola*. Pueden emplearse para este canto o la antifona con su salmo, como se encuentran en el Gradual romano o en el Gradual simple, u otro canto acomodado a la acción sagrada o a la índole del día o del tiempo litúrgico, con un texto aprobado por la Conferencia de los Obispos.

Si no hay canto de entrada, los fieles o algunos de ellos o un lector recitarán la antifona que aparece en el Misal. Si esto no es posible, la recitará al menos el mismo sacerdote, quien también puede adaptarla a modo de monición inicial (cf.n.31).

En estos dos números se explica qué parte del rito acompaña y su finalidad. Más aún, lo primero que debe estar dispuesto es la comunidad reunida. Luego nos dice el modo como se

¹⁸ La IGMR a la cual nos referimos, forma parte de la tercera edición típica latina del Misal Romano, del año 2002.

puede ejecutar el canto, dándole gran participación al pueblo. En cuanto a la letra del canto se usa aquella de los salmos, pero también da la posibilidad de emplear otro canto apropiado. Ante la ausencia de canto se puede leer la antífona de entrada; y en ello, indica al sacerdote como lector de la misma si ningún laico puede hacerlo.

En cuanto a la adaptación de esta antífona por parte del sacerdote, en el n.31 de la Ordenación se lee su finalidad: para que se ajuste a la comprensión de los participantes. Siguen dos numerales, que abreviamos para mostrar solo aquello que nos interesa:

49. El sacerdote, el diácono y los ministros, cuando llegan al presbiterio, saludan al altar [...] y el sacerdote, según los casos, inciensa la cruz y el altar.

50. Terminado el canto de entrada, el sacerdote, de pie junto a la sede, y toda la asamblea, hacen la señal de la cruz [...].

El canto de entrada, entonces, acompaña la procesión, el saludo al altar (con la incensación si se realiza) y el recorrido a la sede. Terminada esta parte del rito debe finalizar el canto para que el sacerdote haga el saludo inicial.

1.4 El canto de entrada hoy

Vemos, pues, cómo el canto de entrada, sea la antífona con su salmo como lo propone el Graduale Romanum y el Graduale Simplex, o sea otro canto adecuado, tiene una función específica en la eucaristía. Este canto no es un rito separado sino que hace parte de la procesión de entrada, dándole belleza y posibilitando una atmósfera adecuada para toda la celebración. Mediante él se anuncia a la asamblea la fiesta del día, involucrándola en el sacrificio espiritual pronto a conmemorar. En los salmos se halla una verdadera riqueza textual y espiritual para acompañar el rito de entrada. Además, como el canto de entrada es canto de acompañamiento –ya que acompaña la procesión de entrada del sacerdote y los ministros hasta la sede–, debe finalizar cuando los ministros hayan llegado a ese lugar. Esto no quiere decir que hay que “cortar” inmediatamente el canto vaya donde vaya apenas el sacerdote llegue a la sede, pues esto iría en contra del canto mismo, de la belleza musical y del ambiente que se ha creado para iniciar la eucaristía. Aquí es donde se espera del coro y de quien preside la celebración el carácter prudente para terminarlo. En caso de que no se cante se puede leer la antífona de entrada que se halla en el misal, para cada día durante los tiempos fuertes del año litúrgico (Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua) y en los domingos del tiempo Ordinario, entre otras celebraciones.

El canto de entrada abre la celebración y crea un ambiente distinto a aquel del cual la asamblea viene. Acompaña la procesión del sacerdote y los ministros, fomenta la comunión de quienes se han reunido en una misma fe, y los introduce en el misterio del tiempo litúrgico o de la fiesta, facilitando la participación de todo el pueblo cristiano, en sintonía

con lo dicho por el Concilio Vaticano II.¹⁹ En últimas, el canto de entrada es “cantar la palabra de Dios”, pues tiene como base los salmos, antes de cualquier otro texto. Y si los salmos hacen parte de la Sagrada Escritura, se deduce que es la palabra de Dios la que se canta, ya que Él mismo la inspiró.

1.5 Actores del Canto de Entrada

- *El pueblo.* El Concilio Vaticano II al hablar de *Pueblo de Dios* se refiere a todos aquellos hombres y mujeres que creen en Cristo.²⁰ Así pues, todo el pueblo participará del canto.
- *El sacerdote y los ministros.* En el número 48 de la IGMR se lee que el canto de entrada se canta por la schola y el pueblo, con varias alternativas. Pareciera que al hablar aquí de pueblo se entendiera como todos menos el sacerdote. Sin embargo, en el punto anterior definimos lo que se entiende hoy por “pueblo”. De ahí que el sacerdote y los ministros también pueden tomar parte en el canto.
- *La schola, el coro y el cantor (solista)* según corresponda. Son los encargados directos de animar el canto y de entrar con el resto del pueblo en plena disposición para la celebración de la misa. Aunque el número 48 no menciona el *coro*, se sobreentiende su presencia en la celebración ante la ausencia de la *schola* o del cantor.
- *Los demás ministros.* Es decir, lectores, acólitos, ministros extraordinarios de la comunión etc., pues todos se hacen una sola voz en el canto de entrada.

1.6 Aspectos para tener en cuenta a la hora de elegir este canto

- El tiempo litúrgico y la fiesta que se celebra.
- El estilo arquitectónico del templo, pues una cosa es cantar en la Catedral, por ejemplo, y otra en la capilla de un sector popular.
- El tipo de asamblea que se convocará y el estilo musical del coro que cantará.
- Un canto de entrada adecuado es aquel que por su texto, su melodía y su interpretación aviva la conciencia de comunidad reunida, de modo que la asamblea se sienta acogida, delante de su Dios, llamada a vivir la unidad entre hermanos, y a participar del banquete de la Palabra y de la Eucaristía.
- Debe tener más carácter de marcha o de himno que de meditación, y su letra debiera usar el “nosotros” antes que el “yo”, por su carácter comunitario y exhortativo.
- Puede ser de inspiración sálmica o de la Biblia en general, o extrabíblico, pero siempre apuntando al sentido dentro del rito. El texto debe estar de acuerdo con la doctrina católica²¹, lo que a su vez se convierte en medio catequético para el oyente.
- Lo ideal es que toda la asamblea lo sepa y lo cante. Sin embargo, aunque en alguna ocasión no lo cante, escucharlo de parte del coro debe crear en el oyente un grado de participación en el canto y de disposición para celebrar.

¹⁹ Cf. Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia, n.30 y 113.

²⁰ Cf. Constitución Dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, n.9.

²¹ Cf. Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia, n.121.

- Su música en lo posible debe ser sencilla, agradable al oído, adecuada al sentido del texto. La sencillez no obvia la calidad en aquello que se interpreta.
- El éxito en la interpretación del canto está en la preparación del mismo.
- Se debe prever su duración hasta que todos los ministros lleguen al presbiterio y quien preside a la sede, de acuerdo a lo extensa que pueda resultar la procesión de entrada.
- Importantísimo tener presente que en algunas celebraciones, como exequias y matrimonio, los ritos iniciales pueden suprimirse o sufrir cierta variación.

2. CONCLUSIONES

El “*Introito*”, palabra latina que significa “*entrada*” da comienzo propiamente a la Eucaristía. En los primeros siglos del cristianismo no hacía parte de los ritos de la misa, que iniciaba con la preparación de las ofrendas. Después del año 380 cuando se expande el cristianismo y crece el número de fieles, se construyen grandes templos para acoger en la celebración a los creyentes y se involucra una procesión de entrada solemne para recibir al presidente y los ministros. Esto hizo necesario acompañar este rito con un canto, al punto que hacia el año 425 surge en Roma el *Introito*, canto basado en un salmo o conjunto de salmos, cuya melodía hacía más solemne la procesión de entrada, especialmente en la misa presidida por el Papa, que involucraba a toda la asamblea en una dinámica distinta y bella, abriendo la celebración. Al comienzo la *schola* dirigía el canto haciendo uso del canto antifonal y otras veces del responsorial. Así mismo, el *Gloria Patri* se entonaba por razones catequéticas al finalizar el *Introito*. Sin embargo, con el paso del tiempo el *Introito* tomó distintas comprensiones: entre los siglos VII-VIII se vio reducido algunas veces en sus estrofas, hasta una, debido a la eliminación de la procesión de entrada por la cercanía entre la sacristía y el altar, según las nuevas construcciones y por la práctica del Papa y los ministros de revestirse en el altar. En el siglo IX se introdujo un conjunto de oraciones que el sacerdote hacía para purificarse y celebrar de modo más digno la eucaristía, vinculando a su vez los salmos 83, 84 y 85 y el salmo 42 respectivamente. El *Introito* estaba representado en la(s) estrofa(s) de los salmos y en la antifona que se repetía después de cada estrofa. Este uso de los salmos se celebraba incluso en el siglo XIII, aunque la costumbre de revestirse en el altar se mantenía en algunos lugares, reduciendo el *Introito* a la antifona del salmo con un versículo.

Según el misal de san Pío V (1570) el sacerdote al iniciar la misa recitaba la antifona *Introibo ad altáre Dei – Ad deum qui laetificat iuventútem meam*, seguida del salmo 42, el *Gloria Patri* y nuevamente la antifona. Y todo ello proclamado por el sacerdote y los ministros. Este misal estuvo en vigor hasta el misal de Pablo VI, con algunas modificaciones. Con la reforma litúrgica del Vaticano II el *Introito* está representado en una antifona con su versículo de inspiración bíblica, que se canta según lo propone el Graduale Romanum y el Graduale Simplex durante la procesión de entrada. También se puede entonar otro canto siempre y cuando esté en sintonía con el rito que acompaña. Cuando no se canta se lee la antifona de entrada que propone el misal romano de Pablo VI. La letra y la música del canto de entrada deben disponer a los fieles a la celebración de la palabra y de la eucaristía, en conformidad con el tiempo litúrgico y la fiesta del día. Este canto puede y debe ser proclamado

generalmente por toda la comunidad cristiana que se reúne, por el coro, la *schola* o el cantor, o alternando ambos actores. El sacerdote puede tomar parte en su entonación.

3. BIBLIOGRAFIA

[*Anámnesis 3/2: La liturgia, eucaristia: teología e storia della celebrazione*, ed. S.Marsili et alii, Marietti, Casale Monferrato 1983.]

BAUMANN, T., *La misa romana*, El mensajero del corazón de Jesús, Bilbao 1954.

BOROBIO, D., *La celebración de la Iglesia, II Sacramentos*, Sígueme, Salamanca 3^o1994.

CABROL F., *La Antigua oración de la Iglesia*, Excelsa, Argentina 1947.

CONCILIUM VATICANUM II, Constitutio de Sacra Liturgia *Sacrosanctum Concilium* (6 diciembre 1963), Acta apostolicae sedis 56 (1964) 97-134, Constitutio Dogmatica sulla Chiesa *Lumen Gentium* (21 noviembre 1964), Acta apostolicae sedis 57 (1965) 5-71.

[*Explicación de la santa misa*, ed. equipo de Lasalianos, Madrid 1959.]

Graduale Romanum, II. De ritibus in cantu missae servandis, Roma 1979.

Graduale Simplex, In usum minorum ecclesiarum, Editrice Vaticana, Roma 2007.

JUNGMANN, J.A., *Breve historia de la misa*, Phase 157, Barcelona 2006.

JUNGMANN, J.A., *El Sacrificio de la Misa*, BAC, Madrid 1951.

MARTIMORT, A.G., *La Iglesia en oración*, Herder, Barcelona 1964.

Misal Romano, texto unificado en lengua española del Ordinario de la Misa, México 1^o1999.

Missale Romanum, editio typica, Roma 1962.

RIGHETTI, M., *Historia de la Liturgia II*, BAC, Madrid 1956.

S. AGUSTIN, *La Ciudad de Dios, en Obras de S. Agustín*. XVII. 22, 8, 22, Edic. de José Morán, B.A.C., Madrid 2^o1965.